

PRÓLOGO

En Guatemala existe un vacío grande en la narración erótica escrita por mujeres. Este libro, largamente gestado, quiere contribuir a llenar este vacío con una recopilación de relatos eróticos escritos tanto por autoras consagradas como por autoras que irrumpen por primera vez en la literatura. Son relatos escritos desde diferentes miradas femeninas y, por ello, enormemente diversos en su narrativa y abordaje del erotismo y la sexualidad, relatos llenos de matices. Quizás por ello, es fácil reconocerse en alguna voz, en algún gesto, en algún paisaje.

Hago recuento de cuanto cuerpo atraviesa estas páginas, territorios sexuales donde puede acontecer todo lo posible.

Cuerpos límpidos, cristalinos, translúcidos, puros, levísimos; cuerpos cándidos y virginales; cuerpos crisálida, que empiezan a ser, que no son todavía. Cuerpos que tiemblan, primigeniamente, se contraen y cimbrean.

Cuerpos célibes, cuerpos de aprendiz torpemente transitados, cuerpos agazapados, en la espera, de un versado sexo iniciático y bautismal —que a veces tarda, que a veces no llega—, que los lleve al éxtasis.

Cuerpos sacrificados, incautados, acuartelados, confinados, conspirados; cuerpos enmarañados, larvados; cuerpos urdidos, desgarrados, desechados, domesticados, sometidos por falocuerpos anodinos o despiadados. Cuerpos sin cuerpo que quiebran su destino, maduros cuerpos de mujer que desafían el hastío de lo cotidiano, cuerpos absueltos de la soledad o la rutina, cuerpos liberados de la culpa de querer ser sexo cundido, piel doliente, carne trémula.

Cuerpos abandonados, ignotos, deshabitados, silenciados; cuerpos anestesiados, abortos, en zozobra; cuerpos baldíos, aletargados o postergados; cuerpos aplazados que devienen jardín, pentagrama o lienzo. Cuerpos nutricios.

Cuerpos adúlteros, para ser; o que para ser, lo fueron en otros cuerpos. Cuerpos fingidos. Cuerpos como confín, como filtro, como corteza o frontera; cuerpos en tránsito, cuerpos de despedida y al encuentro, cuerpos huidos que regresan, cuerpos de ida y de vuelta; cuerpos que miden y tantean, que emplazan y provocan; cuerpos en los que saciarse, a los que asomarse, en los que sumergirse; cuerpos intuitos, imaginados, cuerpos fetiche.

Cuerpos que se conocen, reconocen, recorren y corren en la íntima compañía de las propias manos —por ágiles dedos exquisitamente

explorados— y, aún, de las propias lenguas, hasta donde llegan. Cuerpos significados, liberados, rebeldes, en resistencia; cuerpos ávidos, imantados; cuerpos que se acomodan, se encajan, se frotan, se enredan. Cuerpos que se penetran, y se vienen, corren...

Cuerpos que podrían ser de vírgenes o de putas.

Cuerpos con vaginas como gruta, como aljibe, como abrevadero, como refugio, como santuario o altar, donde se sacian lenguas, se derraman falos, penes o vergas y se santifican deseos y pasiones.

Orgásmicos cuerpos de vaginas incitantes y excitantes, vaginas fluyentes y confluyentes, vaginas parpadeantes y galopantes; vaginas urgidas, complacientes, anhelantes; vaginas libérrimas, rijosas, ávidas, voraces, lascivas; vaginas litúrgicas, liminales, rituales y místicas, vaginas sacramento ungidas o redimidas.

Vaginas de soliloquio y vaginas de trilogía; vaginas de amor propio. Vaginas de libre acceso y de vía restringida, vaginas de cámara y de recámara, vaginas que no van a ninguna parte y vaginas con mundología.

Vaginas de sexo locuaz y delirante, de sexo evocado y convocado, sutil o expeditivo. Vaginas de sexo anticipado, intuido, presentido, imaginado y vaginas de sexo cumplido, acontecido, consumado.

Cuerpos, al fin, como el mío.

Silvia Donoso López